

El Hombre detrás del espejo



Daniela Sanguinetti

DANIELA SANGUINETTI

EL HOMBRE DETRÁS DEL ESPEJO

... Sólo el amor que existe entre nosotros puede desplegar las alas de los sueños y la aventura, gracias por dejarme volar...

Para el gran hombre que me enseñó a descubrir lo maravilloso de una vida compartida, un sinfín de ilusiones que se hacen realidad estando juntos, por apoyarme, por cuidarme, por sostenerme y no dejarme caer, por el día a día y por regalarme esos dos pedacitos de cielo.

A mi marido Mario y mis dos hijos, Agustín y Matías.

CAPITULO I

Como quien siempre ha vivido sumido en un mundo de penumbras, de una soledad absoluta e impenetrable, abrumado por los recuerdos de historias fugaces que sólo en ilusiones pudieron ser. Aturdido, vagabundo del andén en ruinas de su propia alma, asustado, con el cuerpo adolorido por los latigazos incesantes de su mente, perdido, completamente perdido...

Jack Rennel, un hombre de condición atlética ganada solamente por herencia paterna, con unos rasantes centímetros de una altura media razonable, una cara común, similar a cualquier rostro sin ninguna cualidad excepcional, podía pasar sumamente inadvertido en un club nocturno de medio rango. Con sus treinta y dos años cumplidos a mediados de agosto y su singular mediocridad para vivir sus días, su espíritu sufría los pesados reproches que él mismo se encargaba de plantear, cuando las horas pasaban más lentas que lo habitual.

Solo, en su casa de las afueras de Florida, Jack se lavaba con furia la cara, como quien intenta purificarse. Eran las 6.30 de una mañana que empezaba recién a iluminar, no

estaba seguro de recordar la fecha ni el mes en el que estaba, solamente creía recordar que era martes, pues la señorita Farrel le había dicho que adjuntaría mañana a primera hora al expediente, el resultado del ADN que el laboratorio había comprometido entregar el martes.

Era un apático médico forense de poco renombre entre sus colegas, se caracterizaba por ser demasiado reservado en sus asuntos y nunca compartía con ellos siquiera la mesa del bufete. Dedicaba su vida a develar los secretos turbios en los cuerpos fríos y mustios de las víctimas de los crímenes más horribles que investigaba el FBI. Se limitaba sólo a hacer su trabajo, y poco le interesaba ser amable con alguien, exceptuando raras veces con la señorita Anna Farrel, aprendiz de tercer año de medicina que se había ofrecido hacía ya cinco meses como su secretaria personal, pidiendo a cambio unos pocos dólares y el permiso para ver al doctor en acción. Tenía apenas veintitrés años y una inocencia particular que hacía que el frío Jack sintiera por ella una especie de simpatía que, obviamente, trataba con todas sus fuerzas de disimular. Anna era además de joven y dulce, bonita, tenía esa especie de belleza angelical que puede tentar al hombre más recio a sonreírle y mirarla con un dejo de deseo. Pero él no se había fijado en ella como mujer, no le interesaba en lo más mínimo ser parte de la vida de nadie, no necesitaba que alguien le dijese qué hacer, cuándo, ni cómo, no lo permitiría nunca, amaba su libertad.

Pero estaba cansado, esa mañana más de lo habitual. No había podido dormir bien esa noche y se sentía extraño, melancólico, enojado, no recordaba que le hubiese pasado algo el día anterior tan molesto como para perturbarle el sueño, pero sabía que había algo, algo que estaba en su interior y lo acechaba, algo que al mirarse en el espejo lo hizo estremecerse sin querer.

Por unos instantes sintió miedo, un miedo inexplicable, y recordó sin querer su niñez. Aquellas noches en las que no podía dormir por el temor de que algo esperara el momento y la oscuridad adecuada para hacerle daño. Se encontró sorprendido por su sentimiento y meneó la cabeza en señal de negación, no era capaz de permitirse semejante estupidez.

Ya en su cuarto, comenzó a vestirse, tomó del armario su traje marrón y recordó el comentario de Anna la semana anterior, cuando luego de disculparse por el atrevimiento que iba a tomarse, le sugirió que era muy joven aún para verse siempre tan oscuro y formal, por temor a decirle aburrido. Con una mueca casi imperceptible volvió a colgar aquel traje y trató de seleccionar de su corto vestuario el más claro de todos. Resultó ser gris, sobrio, elegante para él, común e insípido para los críticos de moda.

Se vistió, anudó la corbata, les sacó lustre a los mocasines, su único par, y se dirigió a tomarse el café, en la cocina, que no indicaba indicio alguno de suciedad, sin trastos sucios, con un orden hasta maternal.

Sacó el jarro de la cafetera y se sirvió medio pocillo de aquel café de un oscuro intenso, abrió el refrigerador y tomó el cartón de leche al que le revisó la fecha de caducidad y completó el pocillo. Lo calentó unos segundos en el microondas y comenzó a beberlo.

El sabor amargo le inundó la boca, pero le gustaba, creía que en el sabor fuerte que casi le erizaba los dientes se hallaba la delicia de tomar café.

Antes de salir volvió a dejar todo en exacta pulcritud, tomó las llaves del auto colgadas al costado de la puerta, su sobretodo negro que siempre lo acompañaba sin importar lo que marcase el termómetro que estaba en la pared, y salió.

Su auto lo esperaba húmedo, estacionado en la entrada de casa. Jack supuso que el rocío matutino era una buena excusa para pasar por el lavaautos antes de regresar.

Tomó la autopista número tres y se dirigió al trabajo como todas las mañanas desde hacía ya cinco años.

Volvió a sentir en el pecho una sensación extraña, como si algo lo oprimiera desde dentro, notó que le sudaban las manos, se sorprendió y encendió el estéreo en busca de distracción.

Giró el dial casi bruscamente, el sonido de la música, las voces ininteligibles parecían alterarlo aún más.

Lo apagó. La carretera se hallaba tranquila, como siempre a esas horas, el tránsito allí se hacía insoportable rondando las seis de la tarde.

Miró por el espejo retrovisor y no distinguió ningún vehículo tras él. Delante un Mustang modelo viejo y más adelante un camión de reparto.

—Jack, ¿qué te sucede? —se preguntó para sus adentros—. ¿Por qué esta especie de ansiedad, temor o... qué? —realmente no podía enmarcar la sensación, pero la opresión en el pecho seguía creciendo.

De pronto vio en la carretera algo que pareció ser una figura, volanteó bruscamente, y el auto casi se le fue de control. El ruido de los frenos hizo que el vehículo que iba adelante zigzagueara un poco, su conductor quizá pensó que un auto podía colisionarlo, pero siguió su marcha.

El auto de Jack estaba casi atravesado en la ruta con el motor encendido pero sin ningún movimiento. En su interior, Jack temblaba, blanco, con una palidez absoluta y un gesto de pavor en la cara. Con el pecho agitado trató como pudo de orillar el auto, miró por los espejos, dejó el motor encendido y descendió. Vaciló unos instantes y caminó en dirección hacia donde estaba lo que le había parecido ver, se asustó, miró con los ojos extrañados, no entendía.

El camino estaba limpio, no había señales de nada. No entendía, estaba asombrado y asustado. ¿Qué había sido todo eso? ¿Su vista le habría jugado una mala pasada?

Pensó en lo mal que había dormido y se calmó a sí mismo atribuyéndole todo aquello al sueño.

Regresó al auto, antes de subirse volvió la mirada y repasó rápidamente el camino. Subió. Se colocó el cinturón de seguridad esta vez, todavía sentía el tirón que le había provocado en el cuello la maniobra. Arrancó, sintió que la calma volvía lentamente, trató de relajarse, miró el reloj.

Se sorprendió, estaba llegando tarde por primera vez, el reloj marcaba las siete cuarenta, y su tarjeta por lo general entraba en el fichero antes de la siete y media. Era jefe de su propia sección pero aun así le molestaba ser un mal ejemplo. Sin querer pensó en que Anna se sorprendería de su retraso y hasta quizá se preocupara, y reprimiendo rápido aquel sentimiento se dio cuenta de que en realidad ése era su deseo.

A sólo dos cuerdas del departamento del FBI se aflojó un poco el nudo de la corbata y sonrió, quizás era tiempo de relajarse. “¡Demasiado estrés, Jack!”, pensó.

Bajó al estacionamiento y dejó el auto en el espacio asignado con un cartel que especificaba “Doctor Jack Manfred Rennel”.

Cerró la puerta y se aseguró de que estuviera bien trabada, y se dirigió al ascensor.

–Buenos días, doctor Rennel –soltó el joven de seguridad escondiendo una revista que estaba ojeando, sabía que al doctor le molestaba que los empleados se dedicaran a otros menesteres, como él decía, en horas de trabajo.

–Buenos días –contestó al tiempo que pensó que algunas cosas nunca cambian.

Subió al ascensor y presionó el botón del tercer subsuelo mientras observaba su aspecto en las paredes espejadas. Mientras bajaba leyó un texto hecho con marcador que algún novato bromista había escrito bajo el botón del tercer subsuelo, el piso más bajo.

Había una flecha desprolijamente garabateada que apuntaba hacia abajo y una letra parecida a la de los niños que dictaba: AL INFIERNO.

Además de que Jack no toleraba el hecho de que la gente escribiera en las paredes, sanitarios y demás, esa inscripción, lejos de divertirlo, lo incomodó y trató con fuerza de alejar cualquier tipo de sentimiento, “había tenido bastantes sensaciones por un día”, pensó.

Al abrirse las puertas, el largo pasillo alumbrado con una luz entre azulada y violácea parecía recibirlo con el silencio y la tranquilidad de siempre. Había tres puertas casi al final del pasillo. Todas membreadas. Las dos laterales acusaban, una ARCHIVO, la otra DOCTOR RENNEL y la tercera y más ancha ubicada al fondo, MORGUE. Sólo la oficina de archivo tenía vidrio en la parte superior, el resto sólo frío metal. Jack había hecho modificar expresamente la puerta de su oficina, porque no le interesaba que nadie tuviera acceso a ella ni siquiera a través de un cristal opaco.

Notó que había luz en el archivo, por lo que supo que Anna ya estaba allí. “Personal eficaz”; pensó.

Aun así se dirigió a su oficina sin saludar, sacó del bolsillo del pantalón un manojito de llaves, tomó una pequeña y abrió la puerta.

De inmediato la cerró tras él. Mientras se quitaba el abrigo, consultó el reloj, “veinte minutos tarde”, pensó y se dio cuenta sorprendido de que al ingresar al edificio se había olvidado de marcar su entrada en el gran fichero que se encuentra a la derecha del ascensor. “¿Cómo pude olvidarlo?”, se recriminó, y antes de que tuviera otra razón, golpearon la puerta.

–Doctor Rennel –dijo una armoniosa voz, era Anna–. Doctor –repitió.

–Señorita Farrel –contestó Jack, al tiempo que abría la puerta.

–Doctor –dijo ella llevándose la mano al pecho–. Creí que le había sucedido algo malo.

–Sólo estoy algo retrasado –dijo Jack bruscamente y su corazón aceleró el ritmo como el de un estudiante enamorado. “Ella estaba preocupada por mí”, se dijo y reaccionó incómodo al darse cuenta de que en lo que iba del día era la segunda vez que pensaba en ello, y se maldijo.

–No necesito que nadie se preocupe por mí –le escupió violento–. Estoy demasiado grande para eso, ¿no le parece?

–Lo sé, pero es que usted jamás llega tarde y pensé... –contestó titubeante y sorprendida la joven.

–No está aquí para controlar el horario de mi llegada, sino para ordenar papeles. Por cierto, me imagino que el informe del caso Strudwelt estará terminado ¿verdad? –reprendió casi grosero.

–Sí, sí, claro –dijo Anna casi al borde del llanto maldiciéndolo por dentro.

–¡Entonces tráigamelo enseguida! –le gritó.

Anna salió con paso firme y se dirigió al archivo, donde tenía una pequeña mesita que hacía las veces de escritorio, con una silla antigua y papeles, muchos, demasiados pensaba ella a veces. Estanterías con carpetas y expedientes ordenados alfabéticamente cubrían las paredes, el olor a humedad era penetrante, pero Anna pensaba que era interesante y lo mucho que ayudaría a su experiencia el hecho de trabajar con el doctor Rennel. Tomó del escritorio una carpeta abultada por la cantidad de hojas que tenía en su interior con un membrete que decía Strudwelt.

Casi girando sobre el mismo pie, sin hacer pausa, volvió en dirección a la oficina del doctor.

Para su sorpresa la puerta estaba abierta y él no estaba allí; escuchó cómo las puertas del ascensor se cerraban. Qué extraño, ¿qué le pasaría al doctor? Esa mañana, en los meses

que ella estaba allí, jamás había visto que la puerta de su despacho estuviera abierta y menos aun que él no estuviera adentro.

Vaciló, no supo qué hacer con la carpeta que tenía entre las manos y retrocedió al pensar cómo se enfadaría el doctor si entraba en su oficina cuando él no la había autorizado. Se encogió de hombros y se dirigió de nuevo hacia el archivo.

Pensó que el doctor se hallaba más extraño de lo habitual esta mañana y que debería prestar especial atención a todo para no molestarlo con nada. Anna sentía en el fondo algo más que admiración por él.

Escuchó las puertas del ascensor que se abrían y se asomó. Notó que el doctor Rennel descendía de él con la mirada perdida.

Anna no se atrevió a preguntarle nada.

Jack caminó hacia su despacho casi sin notar la curiosidad de la señorita Farrel y entró en su oficina, dejando la puerta abierta y dejó caer su cuerpo sobre la silla con un gesto de agotamiento total.

Anna sabía que algo le ocurría, todo lo sucedido hasta el momento le parecía extraño.

Vaciló unos momentos y, tratando de ocultar su preocupación, se dirigió hacia la oficina llevando consigo el expediente; era una buena excusa por si él se enfadaba.

–Permiso, doctor –él ni siquiera levantó la mirada, que tenía fija en el suelo.

–¿Qué día es hoy, Anna? –Era la primera vez que la llamaba de ese modo y Anna se sonrojó.

–Martes –contestó algo confusa.

–Lo sé, pero qué fecha... –dijo con una voz ahogada.

–Seis, martes 6 de julio –dijo con dulzura–. ¿Qué sucede, doctor, se ha olvidado de algo?

–Olvidar... –susurró–. Me siento algo extraño esta mañana y no encuentro muchas explicaciones para ello, pensé que tal vez la angustia se debiera a... –hizo silencio.

Anna notó el esfuerzo que hizo para no seguir hablando y de inmediato relacionó su silencio con los murmullos que se hacían cada vez que el doctor Rennel pasaba por el bufete, y su silencio confirmaba ahora que la historia que le habían contado a Anna el mismo día en que llegó, las dos jóvenes agentes que mientras se limaban las uñas parloteaban sobre las vidas privadas de todos en la estación, era verídica.

Según le dijeron esas mujeres, hacía cinco años, poco antes de comenzar a trabajar, Jack había sido parte de una tragedia. Hubo un extraño accidente automovilístico en el que una mujer, que aparentemente conducía, falleció, y Jack resultó con serias heridas, por lo que estuvo casi un mes hospitalizado e inconsciente. Al parecer la mujer y Jack iban a casarse a comienzos del otoño. Sabía que el accidente había sido en verano, por lo que Anna dedujo que él hablaba de eso.

Los ojos de Jack parecían mirar al vacío.

–Faltan diez días aún –dijo manteniendo susurrante el tono de voz, entrelazó las manos y meneó la cabeza lentamente–. Ha pasado tanto y tan poco, Carol.

Anna lo interrumpió como en un brote de celos:

–Anna –le dijo–. Mi nombre es Anna.

Jack la miró extrañado

–¿Disculpe?

–Me llamó Carol, doctor –le dijo en tono despectivo.

–Eh... –Jack parecía aún más desconcertado–. Discúlpeme, no me siento muy bien esta mañana y no deberíamos perder más tiempo. Hoy tenemos mucho trabajo por resolver – el tono de Jack fue sumamente esquivo y Anna lo entendió.

–Aquí le dejo el informe, está completo, sólo le faltan los últimos datos de la autopsia –
Anna le extendió el informe–. ¿Necesita algo más?

–No, eso es todo, si lo desea puede acompañarme en cuanto lleguen los agentes y tomar
las últimas notas.

–Sí, por supuesto –Anna parecía descolocada, “si lo desea”; “debo estar soñando”,
pensó.